

congreso. Todo esto es sencillamente una fatal equivocación cuya consecuencia ha sido la de provocar el desaliento en el ánimo del mayor número y exponernos a todos a grandes peligros.

El idealista o el modesto patriota tendrán siempre razón en querer combatir la falacia del buen presidente o del bueno o mal congreso y en querer convencer a las gentes de que la salvación de nuestros pueblos, que aspiran a vivir instituciones ideales, está en multiplicar las escuelas animándolas, al mismo tiempo, con un espíritu de trabajo activo; en generalizar la cultura y en convertirla en actividad febril y permanente; en ennoblecer la casa y en hacer periódicos para mover las ideas; todo ello es forma de predicar y de practicar el bien, de invitar al hombre a elevarse a una elevada con-

templación de su propia nobleza y a ejercitar sus fuerzas en la obra de hacer una sociedad mejor y de construir una patria digna de tal nombre.

Nadie tendrá valor, seguramente, para decir que una nueva escuela constituye un mal nacional y que, por lo tanto, debe cerrarse. Y en una república en donde los periódicos se consagren a combatirse los unos a los otros, en vez de hacerse cada uno fuerte y grande, sería tanto como hacerse acreedor a un odioso estigma de torpe y selvática sensiblería, de egoísmo insano y de falta de conciencia moral y de comprensión de la única finalidad de la prensa que es la de hacer luz.

RÓMULO TOVAR

(*Diario del Comercio*. San José de Costa Rica).

## Diálogo de Aquiles y Elena

Del libro próximo a publicarse: *El Plano Oblicuo*.

ESCENARIO no muy vasto, no tan vasto como se asegura: la cabeza de Walter Savage Landor. Ambiente romano convencional.

En el fondo, templos en ruinas, grises, olvidados, duermen con una solemnidad fotográfica. Abundan las inscripciones jurídicas, las piedras históricas. La yerba, descolorida. Las cigarras han huído de todos los árboles—árboles en forma de parasol—. Parece que nunca hubo cigarras, o se las confunde con unas viejecitas romanas que hierven su caldo, a mediodía, entre las grietas del Capitolio.

A lo lejos—clara campiña—se columbran, como liras abiertas, los cuernos de los toros latinos. Anochece.

Aquiles y Elena, en primer término. Ella, de pie; él, tendido, reclinado sobre la yerba. Aunque hechos a todas las cabezas, se encuentran incómodos: hubieran preferido un escenario más adecuado. ¿Qué han de hacer aquí, entre los despojos de la gente romana? ¡Oh Landor! Muy a tu pesar, los dos se acuerdan, en excelente griego arcaico, del Escamandro, de los muros de Ilión, de las naves huecas en la playa.

Este diálogo acontece inmediatamente después del que escribió Landor. Es como charla de bastidores adentro entre gente sutil que se ha violentado para representar un mal drama: Aquiles, amoscado de haber hecho el necio; Elena, más que sofocada (inuestras pobres mujeres!) de haber hecho la niña boba.

En Landor, Aquiles se preocupa de las faltas ajenas, y ostenta puerilmente la atrasada botánica—botánica de maestro curandero, de saludador—que heredó de su preceptor Quirón. En Landor, Elena, al reconocer a Aquiles, sólo piensa en suplicarle que no haga de ella su esclava, su hembra. Y Elena—todos la conocéis—ha dicho siempre: «Si en algo me complazco yo, es en que todos los hombres me hagan su esclava».

Pero las hipóstasis están sujetas a los caprichos de la mente que las concibe. Y Aquiles y Elena, muy a su pesar, salieron al escenario del diálogo como quiso Landor, charlaron un poco irara charla, por cierto!; iperegrina concepción de Grecia! Una charla tejida de interrogaciones y exclamaciones), y, al fin, abandonaron la escena. Y helos que no saben a qué dioses darse, metidos en aquella cabeza más bien romana: un escenario no muy vasto.

Aquiles trae el resquemor de las últimas palabras que le hicieron decir: cierta alusión muy lamartiniana al corazón, al único sitio vulnerable. Elena trae la incomodidad de haber tenido que portarse con miedo y dar unas disculpas ociosas (¡ella nunca se disculpó!); de haber dicho tanta trivialidad.

Las liebres, entre las ruinas, se burlan gloriosamente de su meditación, correteando como faunos y ninfas que se persiguen:

Y Elena:

—¡Oh, cuán puros éramos ayer!

Aquiles finge no escucharla; pero lo denuncia un cantarcillo que le viene a los labios, que musita entre dientes, y que dice, más o menos: «Sí, sí, cualquiera tiempo pasado fué mejor».

Como Elena es mujer mimosa (de niña, sus hermanos la subían a sus caballos), conversación que se propone no la perdona. Insiste:

—¿Aquiles? ¡Oh, cuán puros éramos ayer!

Aquiles, como todo ser dotado de naturaleza doble y confusa, es mediatundo, dado al silencio. A veces, descuidaba la guerra, divertido con la vista del mar. Quién afirma que lo ha oído requebrar a las olas, diciéndoles: «Sólo tú me comprendes». Quién asegura que lo ha sorprendido confiando sus secretos a los caballos de su carro y cuchicheando a sus orejas: «Pero no se lo digas a nadie; ni a Patroclo». Su doble naturaleza lo hace concentrado y altivo. Algo tiene de los animales domésticos, que no siempre entienden bien lo que les queremos; algo de los poetas, que casi nunca escuchan lo que les decimos. Aquiles es tan inconsciente y profundo como Elena es avizora, locuaz, dueña de sus alfileres y sus encantos: ¡buena mujer, al fin!

Aquiles no experimenta la necesidad de hablar. Tampoco ama precisamente a Elena, a despecho de la suspicacia de Landor. Si la amara, comenzaría por declararlo. Los griegos no disimulaban su placer, ni su ira, ni su miedo. (Antes del combate no era extraño verles llorar). Pero Aquiles piensa que no es necesario conversar con Elena: basta contemplarla. Tiene razón.

Y, sin quererlo, por el hábito de la duda metódica, tan desarrollado en los seres de doble esencia, se pregunta si, después de todo, Elena será tan hermosa como dice la fama... Medita, compara y resuelve:

—Es en verdad, muy linda. Pero... ese cuello blanco, tan largo... Bien se ve que es hija del Cisne.

Elena, aunque acostumbrada a estos chismorreos vulgares que corren entre las comadres a propósito de su paternidad y su nacimiento, protesta con una patadita ligera. (¡La infiel tiene unos pies de diosa!) Y, ya irritada, insiste con un tonillo impertinente:

—¡Aquiles! ¡Aquiles! ¡Centaros te habían de educar, que no en la corte del rey de Francia! Por los pies de plata de tu madre, ¿no me harás caso? Escucha: ¡Oh, cuán puros éramos ayer! ¿Qué me respondes?

Aquiles, cuyo sentimiento del espectáculo es a sus horas más hondo que el de las cigüeñas de Egipto ante el crepúsculo (rojo y oro sobre el Nilo, palmeras de cobre, inmensidad), ha sorprendido el piecito inquieto de Elena; ha oído la invocación—algo